

EL BARCO



DE VAPOR

Joke van Leeuwen

Desde que mi padre es un arbusto...



www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar

Coordinación editorial: Gabriel Brandariz

Ilustraciones: Joke van Leeuwen

Traducción: Gonzalo Fernández (www.gonzalofernandez.es)

Título original: *Toen mijn vader een struik werd*

© Joke van Leeuwen, 2013

© Ediciones SM, 2013

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1

Desde que mi padre es un
arbusto, todo es distinto.

ANTES vivíamos en otro lugar. Pero yo nunca pensaba que nuestra ciudad fuera otro lugar. Cualquier sitio era otro lugar, menos donde vivíamos nosotros.

En nuestra ciudad todo el mundo pronunciaba bien mi nombre. Donde vivo ahora, sin embargo, no saben decir la letra k, y como mi nombre tiene cuatro, el primero que intentó pronunciarlo casi se rompe la lengua. De momento digo que me llamo Ina, que son las tres últimas letras que forman mi nombre.

Nuestra ciudad era muy pequeña, aunque a mí me parecía bastante grande. Mi madre no vivía con nosotros. En realidad, yo casi ni la conocía, pero tenía una foto suya en la que salía muy sonriente.



Cuando hablaba con ella por teléfono, no sabía muy bien qué decir. Ella me aseguraba que me echaba mucho de menos, y yo no comprendía por qué no venía, entonces, a vivir con nosotros. Mi padre me había contado que mamá se fue poco antes de que yo cumpliera un año. Pero no por mi culpa, sino porque todo se le hacía demasiado, aunque no me llegó a explicar qué era exactamente todo eso que se le hacía demasiado. Y yo tampoco se lo pregunté nunca.

Antes de ser un arbusto, mi padre era pastelero y se levantaba todos los días a las cuatro de la mañana para preparar veinte tipos de pasteles y tres tipos de tartas.

Luego lo vendía todo y la gente se lo comía al momento, de modo que al día siguiente se tenía que levantar otra vez a las cuatro de la

mañana para preparar de nuevo veinte tipos de pasteles y tres tipos de tartas. Él siempre me decía que, cuando fuera mayor, más me valía elegir otra profesión. Según él, era mejor vender algo que la gente no se comiera al instante. Pero a mí me gustaba su trabajo, porque olía muy bien.

Una noche, mi padre me sentó en su regazo y me dijo que ya casi nadie compraba pasteles. Las cosas no iban bien en nuestro país: en el sur, los unos habían empezado a luchar contra los otros. Donde nosotros vivíamos, todavía no, pero si seguían así podían ponerse a pelear también en nuestra ciudad. Me dijo que la abuela vendría a vivir una temporada conmigo, porque él se tenía que ir a defender a los unos contra los otros, a pesar de que algunos de sus amigos estaban ahora en el bando de los otros. Él prefería mil veces hacer pasteles, pero no le quedaba más remedio que irse.

Me enseñó un librito de color verde oscuro que se titulaba *Todo lo que debe saber un buen soldado*. Había un capítulo dedicado a técnicas de camuflaje. Yo ni siquiera sabía qué significaba aquella palabra.

–El camuflaje es el arte de mimetizarse con el entorno –me explicó mi padre–. Un soldado debe ser capaz de ponerse a cubierto de forma que el enemigo no sepa dónde está, aunque pase por delante de él.

Había una foto de un soldado disfrazado de arbusto.



En la página siguiente aparecían fotos de condecoraciones. Las condecoraciones eran insignias de honor que llevaban en el uniforme los que destacaban en algo, cosidas a mano por alguien que destacaba en labores de costura. Los soldados rasos recibían condecoraciones de tela corriente; los generales, de hilo dorado.

Cuando se fue mi padre, vino mi abuela y lo primero que hizo fue cambiar el azucarero de sitio. Luego puso una manta encima del sofá y al sofá le entró sofoquina. Yo le dije que mi padre se tenía que disfrazar de arbusto, pero según ella solo lo haría cuando estuviera en el bosque, no en la ciudad. Porque si intentas hacerte pasar por un arbusto en medio de la ciudad, lo único que consigues es llamar la atención.

Eso me dio que pensar. ¿Qué haría mi padre, entonces, para camuflarse en la ciudad? A lo mejor se podía disfrazar de buzón, o de coche aparcado. O tal vez podía hacerse pasar por un árbol en la acera.

Una vez, en el colegio, tuve que hacer de árbol. Pero no podía utilizar ramas ni hojas de verdad. Y claro, así se nota mucho que eres una niña. Lo que hice fue levantar los brazos hacia el techo como si fueran dos grandes ramas con diez ramitas pequeñas en lo más alto. Y para darle mayor realismo, imitaba con la boca el ruido del viento meciendo las hojas.

A una niña de mi clase se le daba muy bien hacer de animal y de muchas otras cosas. Pero a pesar de todo, siempre se notaba que era ella.



cisne



azucarero

Mi padre sí podía utilizar ramas y hojas de verdad para hacer de arbusto. Lo vi en su libro verde oscuro. Así seguro que el enemigo no lo reconocía. Cuando lo vieran pensarían: «Eso es un arbusto». O pasarían de largo sin pensar nada, porque al pasar por delante de un arbusto nadie piensa: «Eso es un arbusto». La mayoría de las veces, la gente sigue pensando en sus cosas. Y de todas formas, estaba claro que el enemigo no se iba a poner a disparar contra un arbusto así por las buenas. Al menos, eso me parecía a mí. Además, seguro que mi padre se camuflaba tan bien que no lo veían ni los pájaros. A lo mejor hasta construían un nido en su cabeza y se ponían ahí a incubar sus huevos.

Pero ¿y si resulta que el enemigo también tenía un libro de técnicas de camuflaje? ¿Qué pasaría si todo el mundo se disfrazaba de arbusto? ¿Cómo sabrían qué arbustos eran del bando de los unos y cuáles del bando de los otros?

Me surgían muchas dudas como esas, pero no le preguntaba nada a mi abuela, a pesar de que ella ya había vivido una guerra. Mi abuela siempre decía que ella había vivido una guerra y seguía teniéndolo todo en su sitio.

Un día me dio un abrazo y me dijo:

–Tu padre ya es un hombre adulto, pero para mí siempre será mi pequeñín.

Y volvió la mirada hacia la ventana, como si su pequeñín pudiera regresar en cualquier momento.



2

MI ABUELA tenía mucha paciencia conmigo. A veces, cuando estaba sentada en el sofá, me dejaba que le quitara las horquillas y le hiciera todo tipo de peinados.

Ella cerraba los ojos y permanecía en silencio, aunque de vez en cuando me decía que tiraba demasiado fuerte y que ella quería seguir teniendo pelo en la cabeza durante muchos años. Después de cada sesión de peluquería, se miraba en el espejo y se moría de risa.



Pero luego se volvía a poner el pelo enseguida como siempre.

Cuando se metía en la cama, se soltaba el pelo y dejaba las horquillas colocaditas en la mesilla de noche. Lo vi una vez que me fui a dormir con ella porque me daba miedo estar sola en mi habitación. Fuera se oían explosiones y en la pared de mi cuarto se veían fogonazos de luz. Mi abuela me dijo que la guerra había llegado a nuestra ciudad y que lo mejor sería que bajáramos a dormir a la pastelería. Nos bajamos el edredón y dos almohadas, y mi abuela extendió la manta con la que había tapado el sofá debajo de la mesa de pastelero de mi padre. Parecía que había caído una capa de nieve muy fina, pero era harina que todavía quedaba en el suelo.

La puerta del horno estaba abierta y parecía un gran ojo negro. Del lado de la calle había dos ventanitas, justo debajo del techo. Por el día se veían los zapatos de la gente que pasaba. En la pared de enfrente había una puerta que daba a un jardín situado por debajo del nivel de la calle. Cuando mi padre ya no podía soportar más el calor del horno, salía a tomar un poco el aire.



Mi abuela intentó calmarme con una canción antigua sobre árboles y prados verdes. Al cantar, su voz vibraba de forma muy graciosa. Cuando terminó la canción, le pregunté que cuándo iban a terminar las explosiones, pero ella contestó que no lo sabía.

–Si se pone a llover mucho –dije–, a lo mejor se van todos a casa y dejan de tirar bombas.

Mi gran esperanza era que se pusiera a llover a cántaros. Debí estar al menos una hora dando vueltas sin poder dormir. Al final, las explosiones cesaron y por fin me quedé dormida.

Cuando abrimos de nuevo los ojos, ya era de día. Mi abuela se había quedado tan rígida de dormir en el suelo, que casi no se podía ni levantar. Durante el desayuno no hizo más que rezongar y gritarle al bote de mermelada que en aquel país

ya nadie respetaba nada. Como si el bote de mermelada tuviera la culpa.

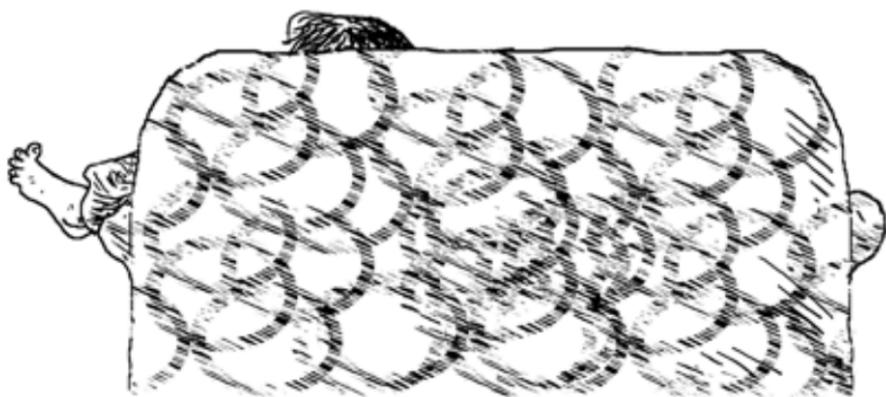
Seguro que estaba preocupada por mi padre, porque para ella siempre sería su pequeñín.

Volví a pensar en la cuestión del camuflaje. A mí también me gustaría mimetizarme con mi entorno en algún sitio, para que el enemigo no supiera dónde estoy y nadie pudiera encontrarme. Y si el enemigo preguntaba por mí, la gente diría: «¿Quién? ¿Esa niña? Pues ni idea... No sabemos dónde está. Ni siquiera nos acordamos de cómo era».

A lo mejor, con el tiempo, se olvidarían de mí por completo. Y yo seguiría camuflada y nadie vendría nunca a decirme: «Oye, que ya ha terminado la guerra. Ya no hace falta que sigas camuflada».

Mi abuela me prohibió salir a la calle. Vi que intentaba llamar a alguien. Pero el teléfono no funcionaba y me dijo que tenía que ir a un sitio a resolver unos asuntos. Que la esperase tranquila en casa y que no le abriera a nadie la puerta. Su rostro estaba tan tenso que, si se hubiera reído, se habría roto como una vasija de cerámica.

Cuando se fue, me senté en el sofá, que de momento había conseguido librarse de la manta.



A partir de ahora ya no habría más días normales para hacer cosas normales. Ni noches normales para dormir con normalidad y despertarse normalmente. Me pasé dos horas en el sofá deseando hacer algo normal. De pronto sonó el timbre. Me llevé tal susto que sentí mil alfileres pinchándome por todo el cuerpo. A lo mejor era el enemigo.

Llamaron otra vez. Y otra. Cada vez con más insistencia. A pesar de mis esfuerzos por hacer como si no existiera, el enemigo sabía que estaba en casa. De vez en cuando había unos segundos

de silencio, pero enseguida volvían a llamar. Así no podía seguir esperando tranquila a mi abuela.

Tal vez debería levantar una barricada en la puerta. Pero entonces tampoco podría entrar mi abuela cuando volviera.

Salí al pasillo sin hacer ruido. La puerta estaba bien cerrada. A lo mejor bastaba con echar los dos cerrojos.

Mientras pensaba en esto, se oyó una voz a través del buzón:

–¡Ábreme la puerta!

No era el enemigo. Era mi abuela.

–¿Pero no me oías llamar? –me preguntó al entrar en casa. Tenía las horquillas mal puestas–. Se me había olvidado la llave.

–Tú misma me dijiste que no le abriera a nadie la puerta.

–Tienes razón, hija.

Me pidió que me sentara en el sofá, porque tenía algo importante que decirme. El peligro en nuestra ciudad era cada vez mayor, y lo mejor era que me fuera a otro lugar. Ella no podía permitir que me ocurriera algo, porque yo era la pequeña de su pequeñín.

Había hablado con mi madre. En el país vecino, donde ella vivía, no había guerra, y allí estaría mejor. Mi madre me recibiría con los brazos abiertos.

–Pero yo prefiero quedarme con papá –protesté.

Mi abuela lo comprendía, pero me explicó que era algo temporal. Cuando hubiera pasado el peligro, podría volver a casa.

Le pregunté si ella vendría conmigo.

No, ella no podía irse. Tenía que quedarse a cuidar de la casa para que no se metieran a vivir allí unos extraños y se quedaran con todas las cosas de mi padre.

Pero por ella no tenía que preocuparme, porque ella ya había vivido una guerra.

–¿Hay terremotos o lluvias torrenciales en el país donde vive mi madre? –pregunté–. Porque para eso me quedo en casa.

No, no había terremotos ni lluvias torrenciales, contestó mi abuela. Y dadas las circunstancias, aquella era la mejor solución.

Noté en su mirada que, si por ella fuera, las circunstancias dadas serían otras muy distintas. Pero las circunstancias eran algo que no dependía de ella.

–No vas a estar sola –me explicó–. Me lo han prometido. Va a haber adultos contigo hasta que llegues a tu destino. Y hay más niños que también viajan a otros sitios menos peligrosos. El autobús sale pasado mañana.

Durante un rato, ninguna de las dos dijo nada. De pronto, mi abuela me abrazó como si nunca más me fuera a soltar. Tan fuerte, que casi no me dejaba ni respirar.



LO ÚNICO que me podía llevar era mi bolsa de viaje y todo lo que me cupiera en ella, que fue lo siguiente: cuatro braguitas, dos camisetas, un pantalón, un jersey, el neceser, un paquete de galletas maría, una botella de agua, un cuaderno y un bolígrafo.

Todo lo demás se tenía que quedar en casa. Mi abuela prometió cuidarlo bien. En el cuaderno

pegó una foto de mi madre y apuntó al lado su dirección. También pegó una foto de mi padre y una copia de su pasaporte, en el cual aparecía mi nombre. Como



de ella misma no tenía una foto a mano, intentó dibujar su cara. Pero el dibujo no era lo suyo, y acabó tachando los tres intentos que hizo.



-Tendrás que recordar cómo soy -dijo.
Juntas hicimos una lista de todas las cosas que
no quería olvidar.

Lista de cosas que no quiero olvidar

- Cómo eran y cómo sabían los 20 tipos de pasteles. 
- Cómo nos reíamos (cuando nos reíamos).
- Cómo le vibraba la voz a la abuela al cantar
- El regazo de papá 
- Todos los peluches que tengo desde que cumplí 3 años 
- La caja de música que fue de la abuela de papá y que ahora es de mi abuela. 
- Mi vestido de fiesta  y mi anillo de oro. 
- Mis dos mejores amigas 
- El muro del barrio en el que ~~solíamos sentarnos~~ nos volveremos a sentar.